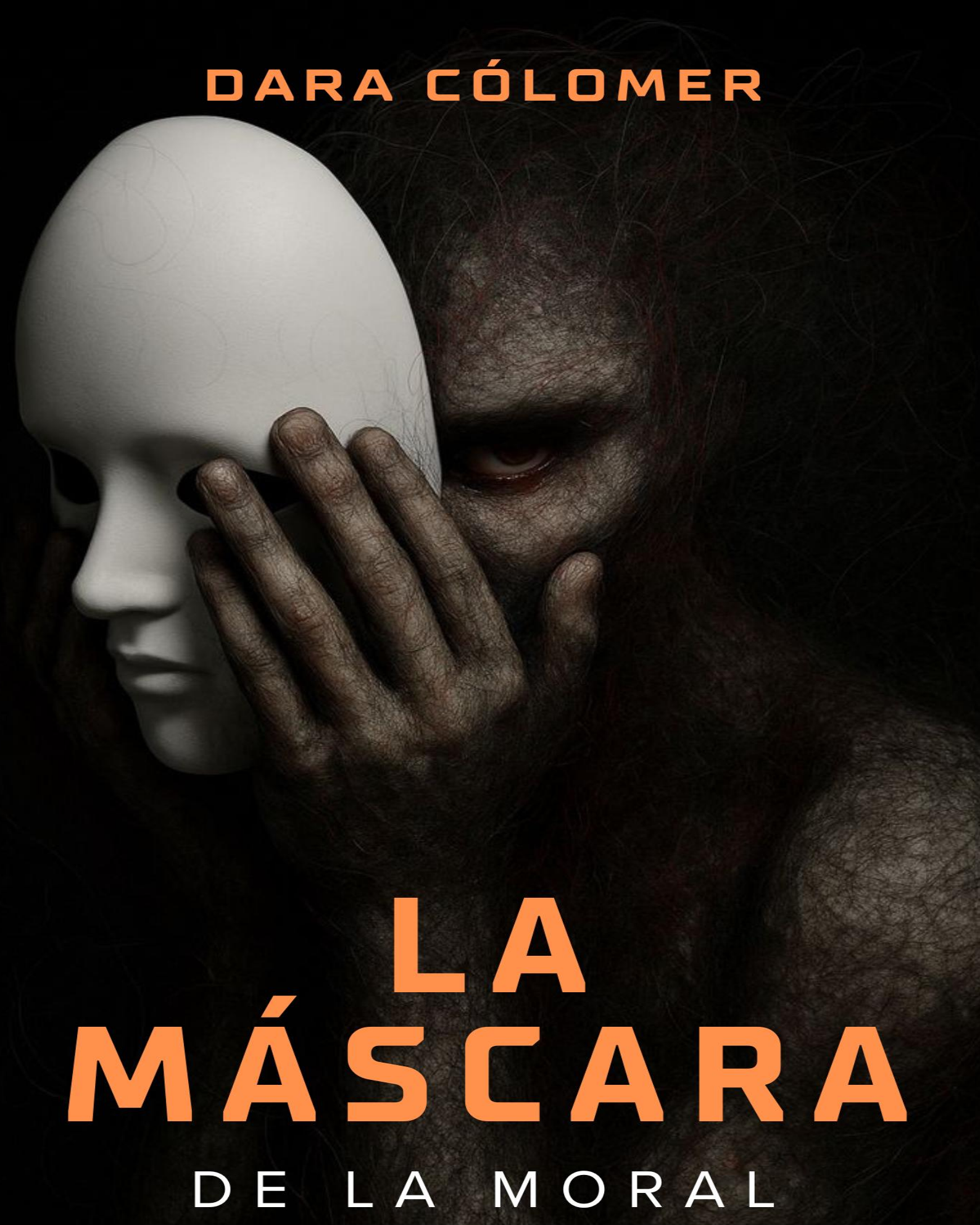
DARA CÓLOMER



LA MÁSCARA DE LA MORAL

¿POR QUÉ ES MÁS FÁCIL SEÑALAR QUE ARREPENTIRSE?

Introducción

Vivimos en una época donde la imagen parece tener más valor que la verdad, y desafortunadamente, el cristianismo contemporáneo no ha quedado inmune a esta dinámica. Con el tiempo, hemos desarrollado una asombrosa capacidad para construir testimonios impecables, sonrisas oportunas y discursos teológicamente correctos. Hemos aprendido a responder un automático "estoy bien" aunque por dentro nos carcoma el cansancio, el vacío, el orgullo, el resentimiento o el dolor. Hablamos con fluidez el lenguaje de la fe, aun cuando el corazón se encuentra a una distancia sideral de aquello que confesamos con los labios. Por eso, una de las preguntas más urgentes y punzantes que la iglesia necesita hacerse hoy no es cuánto sabe, cuánto predica o cuánto sirve, sino algo mucho más profundo y doloroso: ¿Estamos realmente bien como decimos estar?

Existe una distancia abismal entre vivir una fe verdadera y sostener una moral pública. La moral pública es antropocéntrica: busca la aprobación humana, se alimenta del aplauso y se preocupa obsesivamente por cómo somos vistos desde fuera. En contraste, la fe verdadera busca la transformación interna; al evangelio no le interesan las apariencias, sino quiénes somos cuando nadie nos mira. Mientras la moral pública se esmera en construir reputaciones intachables sobre cimientos de barro, Cristo confronta directamente las intenciones del corazón. Es precisamente en el choque de estas dos realidades donde nace una de las crisis más silenciosas, agudas y destructivas dentro del pueblo de Dios: el pecado oculto detrás de la apariencia espiritual.

La comodidad de la indignación ajena

Siempre será más fácil señalar el pecado visible que confesar el propio. Resulta sumamente cómodo hablar del que cayó, del que se apartó o del que cometió un error evidente, construyendo tertulias alrededor de la falla ajena bajo el sofisticado disfraz de un supuesto "discernimiento espiritual". Nos indignamos con facilidad por los pecados públicos porque actúan como una cortina de humo perfecta: mientras la atención esté puesta en el error del hermano, nadie mirará nuestras propias miserias. Lo verdaderamente difícil, lo que requiere valentía santa, es sentarse en el silencio ante Dios y preguntarse: ¿qué hay dentro de mí que aún necesita ser sanado?

Mientras nos convertimos en jueces de las heridas ajenas, escondemos las nuestras bajo capas de religiosidad. Esta dinámica nos permite evadir el doloroso proceso de la introspección; es el mecanismo de defensa por excelencia del legalismo. Mientras confrontamos con dureza la caída del prójimo, blindamos con recelo nuestro propio orgullo, asumiendo una postura de superioridad que adormece temporalmente la conciencia moral. Hablamos de santidad con elocuencia, pero en la práctica seguimos albergando indiferencia, falta de amor y una espiritualidad mecánica sostenida únicamente por la costumbre.

Es aquí donde la falsa moral muestra su rostro más peligroso, pues no siempre se manifiesta como una maldad evidente; la mayoría de las veces tiene apariencia de piedad. Es una moralidad que ora, canta, sirve, predica y participa activamente en la liturgia, pero que mantiene parcelas enteras del alma que jamás han sido rendidas a Dios. Son heridas escondidas bajo versículos mal aplicados, cansancios crónicos sepultados bajo sonrisas ministeriales y luchas feroces enterradas en el activismo. Sostenemos una imagen de fortaleza indestructible mientras el ser interno se está quebrando en pedazos. Al final, la falsa moral no consiste necesariamente en vivir lejos de las estructuras de la iglesia, sino en aparentar una profunda cercanía con Dios mientras el corazón se enfría progresivamente.

La cultura del escondite espiritual

Esta realidad debería confrontarnos hasta el tuétano, porque significa que hemos normalizado una cultura eclesial donde parecer importa más que ser. Hemos edificado un entorno donde el verdadero escándalo no es el pecado en sí, sino el riesgo de que alguien lo descubra. Se le teme más a la pérdida de la reputación social que a la pérdida de la sensibilidad espiritual delante del Creador. Esta inversión de valores convierte a las comunidades de fe en campos de fuerza herméticos, donde la vulnerabilidad se castiga y la actuación se premia de manera implícita.

Ante este panorama, las preguntas vuelven a levantarse con un eco ensordecedor: ¿Estamos bien como decimos estar, o simplemente nos volvimos expertos en responder lo que la estructura espera escuchar? ¿Cuántas personas llegan hoy a nuestras congregaciones completamente rotas y se ven obligadas a callar su dolor porque el entorno les exige mostrarse fuertes? ¿Cuántos creyentes arrastran luchas silenciosas por el pánico paralizante de decepcionar a su comunidad? Nos da pavor admitir que el proceso de santificación no es una línea recta, sino un camino estrecho lleno de tropiezos.

La mayor tragedia de la falsa moral cristiana es que nos enseña a esconder en lugar de sanar; nos adiestra para aparentar en lugar de guiarnos al arrepentimiento. Y arrepentirse es un proceso sumamente difícil porque exige, en primera instancia, renunciar al personaje que hemos creado. Implica bajar el dedo acusador para empezar a mirarnos al espejo de la Palabra. El arrepentimiento genuino desmantela la necesidad de compararnos; desvía la mirada del comportamiento ajeno para enfocarla en la raíz de nuestras propias intenciones. Definitivamente, es más fácil decir "ellos están mal" que evaluar la salud de nuestro propio espíritu. Es más cómodo condenar que restaurar, más sencillo corregir con severidad que llorar en el altar, y mucho más viable aparentar santidad que permitir que el Espíritu Santo desarticule nuestro ego.

El retorno a la gracia y la humildad

El evangelio jamás nos llamó a simular una perfección inexistente, sino a reconocer nuestra constante necesidad de Dios. Hemos olvidado la premisa fundamental de nuestra fe: nosotros tampoco merecíamos nada. No merecíamos el perdón, ni la gracia, ni el sacrificio de la cruz. No éramos mejores que aquellos a quienes hoy juzgamos con ligereza; no llegamos a Cristo por ser dignos o puros, sino porque estábamos desesperadamente necesitados. Éramos los rotos, los marginados espirituales, los que lloraban en la oscuridad de su propio fracaso y no encontraban una salida por sus propios medios.

Entonces, ¿cómo puede alguien que fue rescatado por pura gracia vivir negando esa misma misericordia a los demás? Esta contradicción denota una falta de memoria espiritual que recorre los cimientos de la comunión. ¿Con qué autoridad miramos desde una supuesta altura moral al que cae, si nosotros mismos nos mantenemos en pie únicamente porque una mano divina nos sostiene? El problema actual no es que la iglesia proclame la santidad —la cual es indispensable—, sino que pretendemos hablar de santidad habiendo extraviado la humildad. Una verdad proclamada sin amor se convierte en tiranía, y una doctrina correcta defendida con soberbia pierde todo su poder transformador ante el mundo.

La verdadera santidad jamás produce sentimientos de superioridad moral; produce una profunda y desbordante compasión. Aquel que recuerda con claridad el lodo de donde Dios lo sacó no encuentra ningún placer en la caída de nadie. Quien tiene presente su propio desierto no humilla al que todavía camina perdido en él; quien reconoce la gravedad de sus propias heridas pasadas aprende a tratar con infinita ternura las llagas ajenas. La madurez espiritual se mide por la capacidad de albergar el dolor del prójimo, no por la rigidez con la que medimos sus imperfecciones.

Debemos evaluar con honestidad el fruto de nuestros liderazgos y comunidades: ¿Estamos formando personas genuinamente transformadas o simplemente expertos en el arte de esconderse? ¿Estamos enseñando a sanar las afecciones del alma o solo a maquillar los síntomas? ¿Estamos construyendo el hospital espiritual que Cristo diseñó o un club selecto donde admitir el dolor es sinónimo de exilio? Un liderazgo sano no es aquel que se muestra infalible, sino el que sabe guiar a otros a través de su propia transparencia.

La falsa moral más peligrosa no es la de aquel que vive en un pecado visible y evidente, sino la del individuo que camina convencido de que ya no necesita arrepentirse de nada. La de aquel que perdió la capacidad de llorar por la condición de su propio corazón, que domina el lenguaje técnico de la fe pero ha dejado de escuchar la voz del Pastor, y que tiene la boca llena de gracia mientras su mirada destila juicio. Esta ceguera espiritual es la que impermeabiliza el alma contra la obra del Espíritu Santo.

Hoy más que nunca se vuelve imperativo regresar al lugar más incómodo, pero a la vez más liberador del evangelio: el reconocimiento honesto de nuestra vulnerabilidad. Necesitamos desaprender la soberbia y volver a postrarnos para decir: "Señor, sigo siendo un proyecto en construcción; todavía hay áreas oscuras en mí que necesitan de tu luz, todavía dependo

absolutamente de tu gracia". El cristianismo nunca se trató de una competencia para demostrar quién es más perfecto, sino de una historia colectiva de redención.

Al final de los tiempos, la pregunta divina no girará en torno a cuánto impactó nuestro ministerio, cuánta elocuencia tuvieron nuestros sermones o qué tan impecable lució nuestra fachada. La pregunta que Dios sigue formulando hoy en el habitáculo del silencio es mucho más íntima: ¿Cómo está realmente tu corazón? Si hoy nos quitaran el cargo, la reputación, las palabras correctas y la sonrisa ensayada... ¿seguiríamos estando tan bien como siempre decimos estar?

Esta profunda desconexión entre lo que mostramos y lo que somos encuentra su único remedio cuando volvemos los ojos al carácter de Dios. Al Dios de la Biblia nunca lo han impresionado las fachadas. Mientras la cultura humana —e incluso la cultura religiosa— premia los acabados perfectos, la pulcritud exterior y los currículums espirituales intachables, el cielo busca algo completamente distinto. Dios no habita en las apariencias; Él habita en la verdad del ser. Jesús no confrontó con mayor dureza a los pecadores evidentes de su época, sino a los expertos en el maquillaje espiritual, a aquellos que adornaban por fuera los sepulcros mientras por dentro albergaban la muerte.

Dios ama lo auténtico no porque lo auténtico sea perfecto, sino porque la autenticidad es la única plataforma real sobre la cual Su gracia puede operar. Una máscara no puede ser redimida; un personaje no puede ser transformado. Solo aquello que se expone en su cruda honestidad ante el Padre puede experimentar el milagro de la resurrección interna. Dios prefiere mil veces un corazón roto, balbuceante y con las manos manchadas que se presenta en total vulnerabilidad, que un altar impecable sostenido por el orgullo y la mentira.

Cuando intentamos esconder nuestra miseria detrás de la moral pública, olvidamos que servimos al Dios que ve en lo secreto. Ante Sus ojos, el pecado oculto no es un secreto guardado, es una distancia cavada entre nosotros y Su presencia. Él no nos pide perfección para amarnos, pero sí nos exige verdad para sanarnos. La autenticidad es el lenguaje del Reino, porque el evangelio no es un sistema de mejora moral para que los hombres parezcan buenos, sino un poder divino que toma lo muerto y le da vida. Y la vida solo fluye donde cesa el engaño.

¿En qué momento nos convertimos en jueces?

Es precisamente en la pérdida de esta autenticidad donde ocurre la peor de las metamorfosis espirituales. Cuando dejamos de mirarnos a nosotros mismos con honestidad, el vacío de nuestra propia falta de arrepentimiento lo llenamos juzgando a los demás. Y aquí es donde la iglesia del Dios vivo debe detenerse temblando y preguntarse: ¿En qué momento nos convertimos en jueces? ¿Cuándo fue que nos bajamos del banquillo de los acusados, donde nos correspondía estar por nuestros propios méritos, y nos subimos con audacia ciega al trono del tribunal? ¿Quién nos dio el mazo de la condena? ¿En qué punto de nuestra caminata cristiana olvidamos la fragilidad de nuestra propia condición?

Resulta una ironía macabra y una insolencia espiritual sin precedentes que seamos nosotros, los rescatados del foso, quienes pretendamos dictar sentencias. Si Dios sopesara hoy nuestras intenciones más íntimas, nuestros pensamientos no confesados, nuestras omisiones diarias, el orgullo que disparamos con la mirada y la soberbia que camuflamos de celo santo, ninguno de nosotros quedaría en pie. Cada vez que señalamos con desprecio la viga en el ojo ajeno, cometemos el sacrilegio de usurpar el lugar de Aquel que es el único juez justo.

Nos convertimos en el deudor impagable de la parábola que, habiendo sido perdonado de una fortuna astronómica, sale a la calle a tomar por el cuello al compañero que le debe unas cuantas monedas. Olvidamos con una amnesia espiritual aterradora que nuestra única posición legítima delante de la cruz es la de mendigos que han encontrado el pan de la gracia, y que nuestra única tarea hacia otros mendigos es invitarlos a la misma mesa, no condenar su desnutrición. La iglesia no es una asamblea de santos perfectos, sino una comunidad de necesitados en proceso de restauración.

La urgencia de quebrar el tribunal humano

Cuando la iglesia se convierte en un tribunal de moralidad en lugar de un refugio de misericordia, desfigura por completo el rostro de Cristo ante el mundo. No fuimos llamados a ser oficiales de aduana de la gracia, verificando quién es lo suficientemente puro para entrar, sino testigos vivientes de que Dios levanta al caído. El tribunal humano que a menudo levantamos en nuestras comunidades se alimenta de la ilusión de que somos superiores, pero esa superioridad es un espejismo satánico. El pecado oculto prospera precisamente en los entornos donde el juicio es severo, porque cuando la gente sabe que será linchada por sus debilidades, perfecciona el arte de mentir para sobrevivir. El legalismo no erradica la falta; simplemente la sepulta bajo tierra, donde se pudre y contamina todo el entorno.

Necesitamos quebrar de una vez por todas los estrados que hemos edificado en nuestros corazones. Necesitamos recordar que la misma sangre que limpia el pecado visible del que acaba de tambalear y caer, es la que se necesita desesperadamente para limpiar el pecado invisible de nuestra autocomplacencia. No hay jerarquías en la necesidad de la cruz. El ministro en el altar y el hombre roto en la última fila dependen exactamente de la misma medida de compasión divina. No existen categorías de pecadores ante un Dios tres veces santo; todos estamos desprovistos de gloria si nos despojamos de su favor.

Volver a lo auténtico significa desmontar el tribunal. Significa tener la valentía de mirar al hermano que falló, no desde la altura de una supuesta santidad lograda, sino desde la llanura de quien sabe que, de no ser por la gracia restrictiva de Dios, bien podría estar en la misma o en peor situación. El día en que reconozcamos con lágrimas que somos nosotros los primeros que merecíamos el juicio y que, en cambio, recibimos el abrazo del Padre, ese día la moral pública morirá y dará paso a una comunidad de pecadores redimidos que ya no tienen nada que demostrar, nada que esconder, y todo el amor del cielo para ofrecer.

La urgencia del arrepentimiento y el peso de la verdad

Todo esto nos conduce a una verdad ineludible: el desmontar el tribunal humano no ocurre por un simple acto de fuerza de voluntad, sino a través de un arrepentimiento profundo y continuo. Hemos abaratado la palabra "arrepentimiento", reduciéndola a un remordimiento pasajero o a un trámite litúrgico para calmar la conciencia. Pero el arrepentimiento bíblico es una demolición absoluta del ego; es el acto violento y hermoso de desnudarse ante Dios y admitir que la fachada ya no es suficiente. No podemos seguir postergando esta muerte al yo. No podemos pretender sanar la cultura de la iglesia si primero no permitimos que el Espíritu Santo rompa la costra de nuestra propia autosuficiencia.

La tragedia más grande de la religión basada en las apariencias es que intentamos exportar lo que no poseemos. Nos hemos vuelto expertos en promocionar a un Cristo que no gobierna nuestro corazón; hablamos de Su poder transformador mientras nuestras actitudes siguen intactas; enseñamos sobre Su amor mientras destilamos amargura en la mesa del hogar. Es una esquizofrenia espiritual aterradora: levantar las manos el domingo para adorar al Salvador y usar esas mismas manos el lunes para empujar al hermano que cojea.

Nadie puede dar de lo que no tiene. Si Cristo no habita en las dimensiones ocultas de nuestra vida privada, si no es el Señor de nuestros pensamientos cuando estamos a solos con una pantalla, si no es el dueño de nuestro orgullo cuando nos corrigen, entonces la moral pública que exhibimos no es cristianismo, es simplemente un cadáver bellamente maquillado. La verdadera piedad no se valida en los espacios públicos de la congregación, sino en el anonimato de lo cotidiano, donde las máscaras caen y las intenciones quedan al descubierto.

Del señalamiento cómodo al acompañamiento costoso

La prueba de fuego de que Cristo realmente habita en el corazón no es la elocuencia de nuestra teología, sino la capacidad de amar a nuestros hermanos en su peor momento. Y es aquí donde la fe se vuelve costosa. Señalar es un acto quirúrgico, frío y distante; no requiere involucrarse, no ensucia las manos y no demanda tiempo. Puedes juzgar a alguien desde la comodidad de tu superioridad moral y luego irte a dormir en paz. Pero acompañar al hermano en su caída... eso es sumamente difícil.

Acompañar al caído exige descender al lodo con él, no para revolcarse en el pecado, sino para sostener el peso de su vergüenza. Implica sentarse a llorar con el que se equivocó, escuchar el relato de su fracaso sin mirarlo con condescendencia y cargar con él las consecuencias de su error. Significa proteger su dignidad cuando el resto del mundo —y de la iglesia— quiere encender las antorchas para el linchamiento. El evangelio no nos llamó a ser inspectores de santidad, nos llamó a ser camilleros de los heridos. Nos mandó a restaurar con espíritu de mansedumbre, sabiendo que la línea que nos separa de una caída similar es extremadamente delgada.

Vivir de las apariencias nos vuelve cobardes, porque el mentiroso espiritual siempre huye del herido para que no lo asocien con su desgracia; prefiere preservar su estatus social antes que arriesgarse por la restauración del prójimo. Pero el amor genuino, aquel que nace de un corazón que sabe ser perdonado, se queda en la escena del dolor. Si la cruz de Cristo nos enseña algo, es que Dios no nos salvó enviando un decreto de condena desde la distancia; se hizo carne, habitó entre nuestros escombros y cargó con nuestra miseria en sus propios hombros. No podemos decir que seguimos a ese Cristo si nuestra primera reacción ante la debilidad del prójimo es el rechazo o el murmullo.

Dejemos ya el juego infantil de las máscaras. Desmantelemos el teatro de la perfección y permitamos que el amor no fingido sea la marca de nuestra identidad. El mundo no está buscando una iglesia de hombres impecables que nunca fallan; está buscando desesperadamente una comunidad de pecadores redimidos que saben cómo curar las heridas porque conocen íntimamente al Médico Divino.

Recordatorio: A Dios nunca le interesó tu reputación, le interesa tu redención; porque el cielo no se llena de personas que jamás cayeron, sino de heridos que permitieron ser sanados.